

qué o para quién dicen disentir. El corral de la cultura cada vez tiene más excrementos y menos gallinas. La mesocracia se está resguardando tras palabras altisonantes y pachangueras.

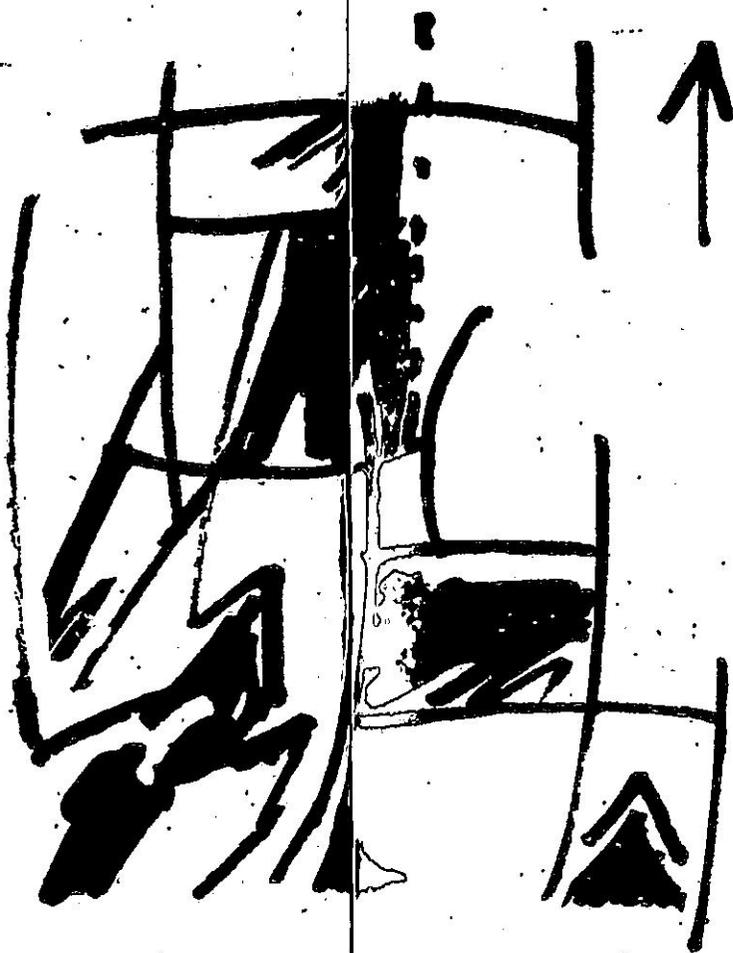
El progreso no es el demonio de los males ni el ángel de la felicidad, pero no cabe duda que su desarrollo y profundización es tarea de todos, y que oponerse a él sería el más estúpido de los desacatos. Sólo que cuando se nos intenta hacer tragar ruedas de molino sólo nos queda decir a ese falso humanismo que no nos gusta, y que «cuando terminen de hacer la faena no se olviden de tirar de la cadena».

LOS VIAJEROS DEL AMANECER FERNANDO SAVATER

En cierto lugar se definió el amor como la pretensión de dar algo que uno no tiene a alguien que no lo desea, para que la necesidad se cumpla. Esta descripción poco benévola, pero temo que exacta, corresponde también —y quizá aún mejor— a la pedagogía. Los adultos tenemos que hacer algo con los niños que van llegando, para impedir que se hagan solos o que jamás lleguen a hacerse; pero ¿a hacerse qué?: eso es lo que no sabemos o no nos atrevemos a saber. Ignoramos lo que hay que darles para compensar esa carencia informe que ellos no sienten y que en primer lugar es nuestro deber hacerles sentir. Darles órdenes se revela eficaz a corto plazo, pero a la larga termina por insinuarse la vergüenza de sí mismo que encubre toda coacción; darles instrucciones puede ser útil, pero no va más allá del adiestramiento superficial y les mantiene extranjeros a la entraña de lo que somos y queremos revelarles; darles respuestas es la forma más segura de matar la curiosidad aun antes de que se atreva a formularse, impidiendo que la radicalidad de su pregunta trastorne la coraza hipócrita de nuestras certezas; darles ejemplo es desolador, contradictorio, imposible, inevitable, traidor... Giramos en torno a los niños, en torno a los adolescentes, con la ausencia de todos los regalos que no

podemos dar llenándonos con su sombra las manos vacías. Y, sin embargo, la ofrenda debe ser hecha: con un perentorio afán de verdad y con un insaciable anhelo de ficción, requieren de nosotros la historia de conquistas y fracasos, riesgos y generosidad, terror y vileza, amor en todas sus maneras y también envidia y desamor, la crónica de forzosos sudores e imprescindibles maravillas a la que, como en sueños; llamamos «nuestra vida». Es esa historia tejida con mil historias entreveradas la que esperan de nosotros, no la aridez de nuestros formularios o los dictámenes falsamente prudentes del rencor y la fatiga; quieren esa historia con la urgencia de quien busca un mapa, aunque sea lleno de blancos y caminos que se pierden en el desierto, y una leyenda estimulante, pues debe partir en cuanto amanezca hacia lo desconocido.

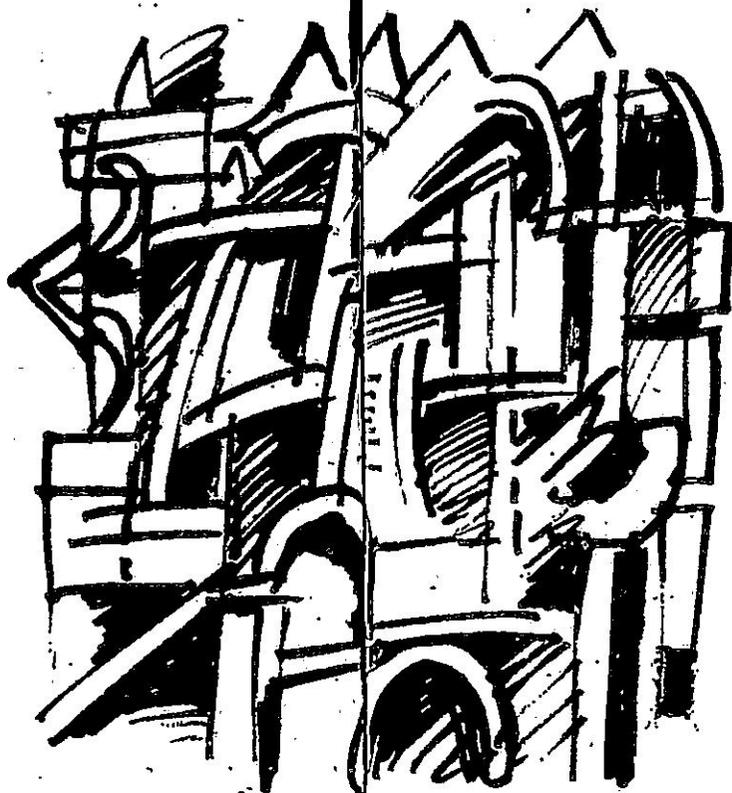
Pero se trata también de escucharles. Nadie es tan joven, tan inocente y desvalido, que no tenga ya una saga de empeños anhelosos y sobresaltos en la tiniebla digna de ser contada; quien posee el lenguaje, aunque sea de modo elemental, es dueño también de la perplejidad y la crítica; y la risa que brota del fracaso, de la previsión o de la insolencia del absurdo es el primer camino por el que nos insertamos en lo social, pues el humor es la aprobación y el mentís espontáneo de lo específicamente humano. Desde un comienzo, el niño se nos acerca con su cuento y su parodia, con su pregunta y su burla, con su reproche y su entusiasmo: o se le escucha o se le mutila. A esto último suele llamarse: educación. Ahora bien, «escuchar» no es sencillamente mostrar una tolerancia cortés por los esfuerzos expresivos de los jóvenes ni aplicar una condescendencia distraída al fervor que allí lucha por abrirse paso. Es preciso aceptar el desafío de forma radi-



cal y tomar de ellos todo lo que nos desmiente, el rostro de lo que hemos perdido, el retorno de los verdaderos planteamientos que ya no nos atrevemos a hacer, la protesta ante lo que (afortunadamente) aún no se sabe ver como inevitable, las angustias que confiesan por última vez su nombre sin temor al ridículo, el futuro negado, el trabajo ignorado, la reivindicación de la noble seriedad del juego, la pasión por la intensidad sin pausa de la vida, la sinceridad sin límite ni crispación, el misterio nuevo de la presencia del otro y de la extrañeza del mundo, una inestabilidad que no quiere estabilizarse todavía y que dosifica sin equilibrio, con sano y contradictorio derroche, la arrogancia y la ternura. Ojalá fuésemos capaces de olvidar el resentimiento pedagógico que se empeña en neutralizar lo subversivo de la inocencia y prefiriésemos, en cambio, pegar el oído a tierra para percibir ese crecer hacia abajo de nuestras raíces fascinadas...

Literatura infantil o juvenil: lograr algo que no sea un *ghetto* ni un reformatorio, algo tan distante de la explicación que de todo da cuenta porque de nada se da cuenta, como de la blanda bobería sin carne ni sangre, modelo «conejito rosa». Creo que la narración juvenil debe tener un cariz *elemental*, entendiendo por «elemental» no la simpleza o el esquematismo flojo, sino el redescubrir y limpiar de brozas convencionales las piezas básicas con las que se construye la aventura de la libertad. Quizá el afán de novedades no sea el mejor ánimo para este tipo de relatos. El niño/joven no tiene el vicio de lo nuevo a ultranza, pues para él todo lo es; la novedad mayor que puede descubrir es la de que ciertas cosas son permanentes, que lo valioso suele retornar. La hipnótica obsesión por «el último grito», lo «nunca visto», las «transformacio-

nes radicales» que aporta el paso del tiempo, el «no hay ayer como el hoy del mañana», etc., es una pasión irremediabilmente senil. El niño está por lo que vuelve, por lo que se repite, por lo que contra viento y marea no deja de darse: está por lo eterno porque él es lo nuevo. Cada vez que pienso en la narración juvenil recuerdo aquella página colosal de Chesterton con la que acaba su novela *El Napoleón de Notting Hill* y que voy a utilizar a mi vez para concluir esta nota: «Si todas las cosas son siempre las mismas es porque son siempre heroicas. Si todas las cosas son las mismas es porque son siempre nuevas. Sólo un alma es dada a cada hombre y a cada alma sólo le es dado un poco de poder: el poder, en algunos momentos, de elevarse hasta las estrellas. Si siglo tras siglo este poder recae sobre los hombres, sea lo que fuere lo que se le dé, es grande. Todo lo que hace al hombre sentirse viejo es mezquino, sea un imperio o la trastienda de un usurero. Todo lo que haga al hombre sentirse joven es grande, sea una guerra o una historia de amor. Y en las tinieblas de los libros de Dios hay escrita una verdad que es también un enigma. Es sobre las cosas nuevas que cansan a los hombres, sobre las modas, los propósitos, las mejoras y los cambios. Es sobre las viejas cosas que emocionan e intoxican. Es sobre las viejas cosas que son nuevas. No hay escéptico que no tenga la sensación de que otros han dudado antes que él. No hay rico ni veleidoso que no sienta que todas las novedades son antiguas. No hay adorador del cambio que no sienta sobre su nuca el peso enorme del cansancio del Universo. Pero nosotros, los que hacemos cosas antiguas, estamos alimentados por la naturaleza de una infancia perpetua. No hay hombre enamorado que piense que otro lo estuvo antes que él.



No hay mujer que tenga un hijo que piense que ha habido otros hijos antes que el suyo. No hay hombre que luche por su ciudad, que sienta el peso de los imperios destruidos. ¡Sí, el mundo es siempre el mismo, porque es siempre inesperado!»